

JULIO VERNE: VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO

Carlos Martínez Shaw

Real Academia de la Historia

Tertulia Internacional de Juegos y Ritos Táuricos (T.I.J.R.T.)

De pronto, ante la invitación de Pepe Campos, encuentro que no es tan difícil escarbar en la memoria para rescatar un recuerdo concreto de mi infancia y primera adolescencia, si, como es el caso, esta evocación tiene que ver con mis pasos iniciales en ese universo maravilloso que son los libros. Si se me perdona la evocación, este planeta me fue revelado por mi vecino Paco Collado, que me prestó la primera novela de mi vida, *Viaje al centro de la Tierra* de Julio Verne (a la que seguiría otra que nunca pude volver a conseguir: *Zancador* de Jean de la Hire), y por mi tía Carlota que, con ocasión de dos enfermedades, me abrió dos mundos maravillosos con *Guillermo el Proscrito* de Richmal Crompton, y con *La Reina de los Caribes* de Emilio Salgari, autor del que mis padres me regalaron después otras dos novelas: *Los misterios de la selva* y *La Costa de Marfil*, todas las cuales conservo como oro en paño.

Para no seguir por ese camino, que me despierta un desmedido entusiasmo, pero que quizás provoque un tremendo aburrimiento en mis presuntos lectores, voy a señalar (obedeciendo el mandato recibido) que mi primer deslumbramiento literario me vino de nuevo de la mano de Julio Verne, ahora con *Veinte mil leguas de viaje submarino*, mi libro favorito para siempre, que leí también de prestado primero (y ahí se nota mi condición de niño pobre en una España pobre) y, después, en 1957 (cumplidos los doce años), en la bella edición de la barcelonesa Editorial Molino traducida por Manuel Vallvé e

ilustrada por Emilio Freixas, gracias a un regalo que me hizo mi inolvidable primer profesor de Historia, Don José Lutgardo Machuca, a quien tanto debe mi predominante vocación posterior y cuya firma estampada en la obra sobre el sello de la Librería Sanz de Sevilla contemplo en estos momentos no sin una profunda emoción.

Veinte mil leguas de viaje submarino reunía todo lo que un muchacho de mi edad, algo soñador y desde el primer momento aficionado a la lectura (un *lletraferit*, como se dice en esa intraducible expresión catalana), podía desear. Presentaba un mundo de aventuras, y de aventuras lejanas, y de aventuras exóticas, y de aventuras en el mar y bajo el mar (como dice la preciosa canción de Charles Trenet), protagonizadas por unos personajes arquetípicos, que me hablaban directamente a la mente y al corazón: el científico Pierre Aronnax, profesor del Museo de París (que es quien cuenta en primera persona los sucesos contenidos en la novela), el arponero Ned Land, la encarnación del hombre intrépido acostumbrado a afrontar toda clase de peligros, el sirviente Conseil, destinado a poner el contrapunto humorístico (como *Passe-Partout* en la también célebre *La vuelta al mundo en ochenta días*) y, finalmente, la figura más impresionante de todas, el capitán Nemo, el inventor del impecadero *Nautilus* (pese a su final literario en el espléndido epílogo de *La Isla misteriosa*), el responsable de la increíble empresa a la que le abocaba su historia personal y su ideología utópica y nuestro guía por las asombrosas profundidades oceánicas.

Toda la novela es un auténtico tesoro de emociones, que nos ha dejado imágenes imborrables (algunas de las cuales han sido remachadas por las clásicas ilustraciones de Édouard Riou y Alphonse de Neuville para la edición de Hetzel y por la versión cinematográfica de Richard Fleischer, con James Mason como perfecto capitán Nemo), de las cuales nos limitaremos a recordar algunas de las más impresionantes. El capítulo XI nos obsequia con una visita al *Nautilus*, donde se nos muestra una biblioteca con doce mil volúmenes, un pequeño pero más que atractivo museo, una colección de partituras musicales que el comandante de la nave suele interpretar en su majestuoso

órgano y una *Wunderkammer* donde están bien representados los tres reinos de la naturaleza. Después, viene el milagro de la ciencia, la electricidad que mueve el submarino y que más tarde alejará de la nave (sin causarles daño) a los papúes del estrecho de Torres (evocado también por Emilio Salgari en dos de sus novelas, consecutivas *Los solitarios del Océano* y *El estrecho de Torres*). Y luego, la exaltación del viaje a través de todas las geografías, especialmente, como es lógico, por debajo del mar, que se nos revela en los paisajes contemplados a través de los ovalados ventanales de la nave o durante el paseo por el fondo marino a través de la escafandra del primitivo traje de buzo. Y, cómo no, la aventura, que alcanza su punto culminante en los enfrentamientos con cetáceos o tiburones y, sobre todo, con el famoso calamar gigante. Y la fantasía (aunque ¿no es toda la novela una maravillosa fantasía?), desatada en esa imaginativa visión del platónico mundo de la Atlántida sumergida o en ese entrevisto Polo Sur (luego objeto de otra ficción memorable, *La Esfinge de los Hielos*, que ofrece una continuación a la admirable *Narración de Arthur Gordon Pym* de Edgar Allan Poe), y particularmente conmovedora en ese entierro en el cementerio de coral, en esa melancólica comitiva cuyo lento caminar pone fin a la primera parte del libro.

Posteriormente, las enseñanzas de la novela fueron ampliándose en mi mente. Por una parte, tuve la oportunidad de acercarme a la compleja ideología que subyace en las acciones del capitán Nemo, gracias al historiador francés Jean Chesneaux y a su obra *Une lecture politique de Jules Verne*, donde nos aclaraba muchos de los conceptos solamente intuitivos en mis años juveniles. El capitán Nemo (cuya identidad se revela en *La isla misteriosa*) es una figura fascinante (Aronnax lo calificará en una ocasión de «admirable»), el príncipe Dakkar, hijo de un rajá indio, sobrino de Tippu Sahib (este sí un personaje real, el último nabab de Mysore), que, a raíz de la sublevación de los cipayos de 1857, donde su mujer e hijos son asesinados por los ingleses, se convierte en un justiciero paradigmático, inventando su particular forma de combatir el colonialismo en general (ayudando a los patriotas griegos contra los turcos) y el británico en particular (atacando todo buque de bandera inglesa),

mientras construye su propia utopía ilustrada, dedicándose a la investigación, pero haciéndose Nadie (Nemo, en latín), alejándose de la sociedad de los hombres, rechazando otra enseña que no sea la suya (la negra con la N dorada en el centro) y no reconociendo otra patria (como el pirata de nuestro José de Espronceda) que la mar. Su tripulación es, por decirlo de alguna manera, multinacional, aunque el patriotismo francés de Julio Verne asome en la caracterización de los principales personajes de la novela, que (salvo el propio Nemo), son todos de filiación francófona: Aronnax es francés, Conseil es belga y el propio Ned Land, pese a su nombre inglés, es natural del Québec.

Por otra parte, me detuve en el capítulo XIX de la primera parte titulado *Vanikoro*. Entonces supe (y ahora sé con mayor precisión) que este grupo del archipiélago de Santa Cruz fue el lugar del naufragio del gran navegante Jean François de Galaup, conde de La Pérouse. En demanda de sus dos naves desaparecidas, *La Boussole* y *L'Astrolabe*, partieron sucesivamente Antoine de Bruni, caballero d'Entrecasteaux (sin obtener ningún resultado), el capitán mercante de origen irlandés Peter Dillon (que identificaría el lugar del naufragio y recogería los primeros vestigios materiales) y, finalmente Jules-Sébastien-César Dumont d'Urville, que revelaría los restantes detalles de aquella tragedia. Nemo, que en la novela descubre unos significativos documentos dentro de una caja de hojalata, nos dejará su propio epitafio para La Pérouse y para todos los marineros: «¡Ah, qué bella muerte para un marino! ¡No existe tumba más tranquila que esta tumba de corall!».

Del mismo modo, el capítulo VIII de la segunda parte me puso al tanto de otro episodio que más tarde haría acto de presencia incluso en mis propios escritos como historiador. Me refiero a la pérdida de los galeones que procedentes de la América española fueron hundidos por ingleses y holandeses en la bahía de Vigo, en la batalla de Rande, en octubre de 1702. En la novela, el capitán Nemo, para la financiación de sus actividades, rescata una serie de cajas y barriles procedentes de aquel gigantesco pecio, de donde «se escapaban lingotes de oro y de plata, torrentes de monedas y de diamantes». Aunque en realidad se había conseguido desembarcar y remitir a la corte española la

mayor parte de la plata que constituía el principal cargamento de la flota, la leyenda de los «tesoros de la bahía de Vigo» seguiría vigente durante siglos y tanto se haría cargo de ella la novela que hoy día podemos encontrar en la población gallega un monumento en honor a Julio Verne, similar al existente en la isla de Formentera en recuerdo de su *Héctor Servadac*.

Finalmente, dentro de este mismo espíritu, me impresionó, en el capítulo XX de la segunda parte, el apartado dedicado a la hazaña de un navío (de significativo nombre), *El Vengador*, que en un encuentro con una escuadra inglesa en 1794, «después de un combate heroico, completamente desarbolado, llenos de agua sus pañoles, con la tercera parte de la tripulación fuera de combate, prefirió sepultarse con sus trescientos cincuenta y seis marineros a rendirse y, clavando su pabellón a popa, desapareció bajo las aguas al grito de ¡Viva la República!». Un emocionante final para el niño republicano que yo era.

Y, para terminar, y aunque no está incluido en esta novela, me he servido muchas veces de otro pasaje de Julio Verne para ilustrar la relación histórica del medio con el devenir humano, la acción transformadora del hombre sobre el dato de la geografía, muy en línea con las nociones que a partir de los años veinte del siglo XX desarrollarían las escuelas francesas de geografía humana y de historia (esta última llamada «escuela de los *Annales*», por el título de la revista que constituía su principal medio de expresión). Me perdonarán que copie íntegro, a pesar de su extensión, el párrafo en cuestión: «No creo en las comarcas inhabitables: el hombre, a fuerza de sacrificios, valiéndose, generación tras generación, de todos los recursos de la ciencia agrícola, terminaría por hacer fértil una región tal. Si fuerais a las comarcas célebres de los primeros días del mundo, a los lugares donde estuvieron Tebas, Nínive o Babilonia, en aquellos valles fértiles de nuestros padres, os parecería imposible que el hombre hubiera podido vivir allí jamás: la atmósfera misma de esos lugares se ha viciado desde la desaparición de los seres humanos. Es ley general de la naturaleza que se vuelvan insalubres y estériles las regiones deshabitadas o aquellas que ya no habitamos. Tenedlo bien en cuenta, es el propio hombre

el que hace su país, por su presencia, por sus costumbres, por su industria, yo diría incluso que por su aliento: modifica poco a poco las exhalaciones del suelo y las condiciones atmosféricas, las sana con sólo respirar. Que existen lugares inhabitados, de acuerdo, pero lugares inhabitables, jamás».

La obra de Julio Verne fue la principal fuente de mis sueños hasta los catorce años. Luego quise dar el salto a la narrativa adulta, en la que me inicié con una serie de obras donde todavía primaba lo fantástico y lo prodigioso: las *Leyendas* de Gustavo Adolfo Bécquer o los *Cuentos de la Alhambra* de Washington Irving. Sin embargo, tras esta etapa de transición (y consciente del riesgo de pasar por un pedante redomado, un snob sin remedio), la primera obra que me causó un impacto perdurable fue *Los invictos* de William Faulkner, que tuvo la virtud de abrirme otro horizonte de lecturas, ya alejado del de la infancia y primera adolescencia, y de convertirme en un incondicional del gran escritor, una adicción a la que se unieron muchos otros nombres, como Franz Kafka o James Joyce, entre los principales.

Paralelamente, mi vocación histórica se iba abriendo paso de manera cada vez más nítida. En esa rama, recuerdo el impacto de dos de los libros que compré en los *bouquinistes* del Sena en mi primera salida a París (recién cumplidos los veinte años): las versiones francesas de las obras clásicas de Jacob Burckhardt (*La civilisation de la Renaissance en Italie*) y de Johan Huizinga (*Le déclin du Moyen Âge*). Siete años después daría el salto al que habría de ser, junto naturalmente con Carlos Marx, mi maestro en la ciencia historiográfica, Pierre Vilar, a través sobre todo (aunque no únicamente) de *La Catalogne dans l'Espagne moderne*. Y aquí pongo punto final a esta efusión personal que habéis tenido la bondad de permitirme, queridos amigos.